

## **Introducción: Cristo, nuestra única esperanza**

Al comenzar recordamos esas palabras: *“No temeré, he sido perdonado... no soy yo, sino Cristo en mí”*. Ese himno expresa la esencia de nuestra fe: la vida cristiana no descansa en méritos propios, sino en la obra de Cristo, en su sangre derramada, en su resurrección y en la libertad que nos da. Todo lo que somos y tenemos está en Él, y toda la gloria le pertenece.

Con esa disposición de adoración abrimos la carta a los Efesios, donde Pablo, en una sola oración desde el versículo 3 al 14, estalla en alabanza a Dios por las bendiciones espirituales en Cristo. Vimos en semanas pasadas la obra del Padre: su elección, su predestinación, nuestra adopción como hijos. Hoy nos enfocamos en los versículos 7 al 10, donde Pablo centra su alabanza en la obra del Hijo: **la redención que tenemos en Cristo**.

### **1. Redención en Cristo: la bendición de la unión**

El texto dice: *“En quien tenemos redención”*. Esa pequeña expresión “en quien” es vital. No se trata de un simple “a través de” como si Cristo fuera un instrumento externo de salvación. Se trata de unión real, existencial, espiritual con Él.

Estar en Cristo significa participar de su vida, ser hechos uno con Él. Esto destruye las visiones que reducen a Cristo a un mero ejemplo, a un maestro, o a un proveedor universal de salvación condicionada a mi esfuerzo. La Escritura afirma que es en unión con Él que poseemos redención, y esa posesión es presente, continua, segura: *“ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús”* (Rom. 8:1).

### **2. Redención por su sangre: el precio y el perdón**

Pablo precisa que esta redención es *“por su sangre, el perdón de pecados”*. La idea de redención incluye un rescate pagado para liberarnos. ¿De qué fuimos liberados? De la esclavitud del pecado, de la condena, de la ira justa de Dios.

Dios es santo, tres veces santo, y no puede pasar por alto el pecado. Por eso fue necesario un precio infinito: la sangre de Cristo. Él cargó nuestro castigo, no para pagarle a Satanás, sino para satisfacer la justicia de Dios. Así, la cruz es el lugar donde la santidad de Dios y su amor se encuentran. El perdón que recibimos no es un “mirar hacia otro lado”, sino la cancelación real y definitiva de nuestra culpa.

Esto nos recuerda que sin Cristo, vivíamos para nuestra propia gloria, lo cual en realidad es vivir para la gloria de Satanás, el príncipe de este mundo. Pero Dios, en su misericordia, nos rescató de esa condición satánica y nos hizo hijos suyos. Esa verdad nos mueve a vivir para darle gloria solo a Él.

### **3. Redención revelada: gracia sobreabundante y misterio revelado**

El apóstol agrega: *“según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad”*.

La gracia de Dios no solo nos salva, sino que nos instruye. Nos abre los ojos, antes cegados por el enemigo, para comprender su plan eterno. Redimidos, no solo somos perdonados, sino capacitados para conocer y vivir la voluntad de Dios.

Este misterio revelado es que todo lo que antes estaba oculto ahora se centra en Cristo: Él es el plan eterno de Dios hecho visible.

#### **4. Redención recapituladora: todo unido en Cristo**

Finalmente, Pablo declara que el propósito divino es *“reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos”*. Todo el universo, la historia, la iglesia, nuestras vidas, todo converge en Cristo.

Él es la suma y la cabeza de todas las cosas. Toda la historia de la redención, desde la elección eterna hasta la consumación final, tiene como centro a Cristo. Por eso Pablo estalla en alabanza: toda nuestra existencia, pasada, presente y futura, es obra de Dios en Cristo para la gloria de su gracia.

#### **Conclusión: vivir en gratitud y adoración**

Hermanos, la redención en Cristo nos recuerda de dónde fuimos sacados: de la esclavitud del pecado y de la ceguera espiritual. Nos recuerda el precio infinito: la sangre del Hijo de Dios. Y nos muestra el propósito eterno: ser parte del plan divino de reunir todo en Cristo.

¿Cómo no vivir en gratitud y adoración? Nuestra vida ya no nos pertenece; fue comprada con sangre. Ahora somos libres para glorificar a Dios, para vivir en santidad, para proclamar a Cristo como el todo en todo. Y si hoy ya disfrutamos de estas bendiciones, cuánto más cuando estemos en gloria, viéndolo cara a cara y alabándolo por la eternidad.